

Aridia, un taller de creación literaria

Juan Manuel Bonilla Soto

I

No solo por la experiencia vivida en Aridia hasta el momento, sino por ejercicios similares, es probable que podamos identificar una especie de semejanza en lo que se produce y no se implique una prefiguración del acto creativo. Todo lo contrario: el respeto a la heterogeneidad y la búsqueda de la disonancia en el tono puede ser una de las más valiosas constantes. Nadie quiere ser igual que su semejante y, de hecho, no lo es. Tal vez tampoco resulte seductor emular la voz de quien coordina: eso sería un monumento a la atrocidad, y qué bueno que así sea.

Tal vez en este momento inicial convenga preguntarnos cuál es el afán de reunirse y trabajar de manera colectiva, creando en la intimidad lo que será expuesto al análisis de la colectividad (decurso). Y sobre todo si la creación, para alcanzar con plenitud su estatus, debe desmarcarse de lo que los otros hacen, de lo que han hecho. El taller de creación literaria de Aridia se conforma con participantes que no se inician aquí en el mundo del arte y la creación; cada uno de ellos adquirió habla y presencia en diversos ámbitos: la arquitectura, la ingeniería, la academia, la música, la declamación, las rondas infantiles, la historia, la repostería, la plástica y, por increíble que parezca, no ha faltado quién puede delinear el rostro lírico del Derecho y el Holocausto. También, de manera intermitente, los azares de la retórica son puestos en jaque con destellos magistrales. Todos ellos, los talleristas, se han erigido como churumbeles de otros besos.

Es cierto, nos reunimos porque hemos descubierto que el tedio es una noche más larga y tensa que la cuerda del suicida; alguna vez tuvimos razón de la existencia de dioses bondadosos, pero habitamos un momento y un territorio dominado por la sangre y el miedo. La única salvación está en nosotros, por eso cuando hablamos parece que lo hacemos solos, pero, muy en el fondo, sabemos que por lo menos alguna de esas deidades inasibles nos escucha y se nos revela como un eco en su omnipotencia y es visible solo en la palabra.

Desde su origen, el taller decidió transitar por dos rutas creativas: la poesía y la narrativa, en obediencia a los impulsos de quienes lo integramos. Juan José Macías, mi maestro, se encarga de la parte narrativa y lo que está haciendo es tan memorable como lo que ha hecho en sus talleres de poesía. La parte de poesía me correspondió a mí. La asumí con gusto, con mucho gusto, aunque, he de confesar, con un poco de miedo. Pero hemos caminado y

hoy estamos en un momento que reclama que se diga algo de lo que se ha hecho, de lo que tal vez venga enseguida. Decidimos llevar el taller de manera simultánea, no programar primero uno de los géneros y después de concluir un ciclo continuar con el otro, no. Hemos alternado las sesiones y una semana se trabaja con los textos narrativos y la siguiente con los poéticos. No es necesario detallar las dinámicas porque infiero que ya todos las conocemos. Lo importante es presentar algo de lo que se ha logrado hasta el momento. El presente artículo no tiene pretensiones de establecer rutas epistemológicas de acercamiento a la historia y los procedimientos de los talleres literarios, se limita a referir con pequeñas referencias y citas argumentadas del quehacer de este taller en específico. Por razones más que obvias, me enfocaré en lo que me ha tocado coordinar.

II

Iniciamos con un ímpetu que puede tipificarse como desbordado, sin caer en el desorden. El tiempo que hemos compartido ha sido la variante de una carrera de relevos, olímpicos a fin de cuentas: algunos se ausentan por un tiempo y luego vuelven; otros, por diversas razones, han pospuesto indefinidamente su continuidad, pero el trabajo se sigue realizando. Claro que eso significa una dificultad, de repente nos vemos en la necesidad de iniciar desde otra perspectiva y eso interfiere en la cadencia que se había logrado. Para este ejercicio, y para fortalecer esa idea de discontinuidad, dispongo de tres referentes cuyas voces nos ayudarán para ilustrar este propósito. La pluralidad en el estilo encarna a la perfección el espectro diverso del taller y la producción durante el mismo.

Eduardo Sánchez, Eliazar Pacheco, Isidro García, Fanny Estefanía, Pepe Chuy, Carlos Alberto Torreblanca, Alejandro, Alberto Ilinguorth, Elda Elías Lara, Alfredo Castellanos y Polo Smith McDonald. Si omito a alguno juro que no es falta de cariño, sino una omisión derivada de la ausencia. Los fui registrando queriendo apegarme a una cronología progresiva, desde el inicio hasta la actualidad. No hay preferencia de ningún tipo ni ani-

madversión para quienes aparecen al principio o al final. A veces, los caprichos de la memoria son inescrutables, este puede ser el caso.

Quiero acotar también que dispongo de algunos de los tantos textos que se han generado a lo largo de este taller, los mismos pertenecen a Alfredo, a Elda y a Polo. En ellos centraré mis comentarios posteriores.

III

Si quisiéramos enmarcarnos en taxonomías canónicas y definirnos como grupo, tal vez un término cuasi apocalíptico sea el adecuado: «Los intrépidos post pandémicos». Claro que la denominación, en acato a su desfachatez, puede prescindir del artículo sin el menor remordimiento y quedar simplemente como «Intrépidos post pandémicos»; todavía más, si tuviéramos pretensiones de economía sintáctica, el adjetivo, lejos de darnos vida, tal vez pueda aniquilarnos, como dijera Huidobro en su *Arte Poética*, por lo que desecharlo tal vez nos dé un poco de vida y quedemos como «Post pandémicos». Pero no, en nuestro afán no hay pretensiones de ese tipo, por lo que nos asumimos solo como integrantes del taller de Aridia.

El referente más confiable de los que hemos sido y estado, se encuentra en el registro de un grupo de WhatsApp que creamos para mantenernos comunicados. En él figuramos doce miembros, coordinadores incluidos. Los diez restantes son los creadores. Entre los que permanecen y entregaron textos para este artículo son tres, lo que equivale a un nada despreciable treinta y tres punto tres por ciento.

La voluntad de coincidir nos ha mantenido en interacción y, digamos, activos en el taller. Ellos le entraron, desde sus particularidades lingüísticas y sus formaciones diversas, al proceso de experimentación; descubrir que al momento que incorporamos recursos retóricos formales a nuestros procedimientos creativos, desde una perspectiva más lúdica que académica, se convirtió en un momento importante, pues no fue solo conocer definiciones teóricas, sino identificar el uso de esos elementos en lecturas sugeridas y, lo más importante, crear a partir de ello.

De ese modo, los fantasmas y fetiches que cada uno cargaba y, ¿por qué no?, en los que se se sostenía fueron cediendo ante la búsqueda. Descubrieron que la simbiosis del significado con el significante no es un contrato indisoluble y que conocer el rigor estructural y rítmico de un soneto no equivale a estar dentro de una camisa de fuerza ni a transitar obligadamente por rutas en las que el *logos*, como principio racional del universo, ejerza una dictadura inflexible y nos obligue a escribir como Quevedo. No, al contrario: conocer la fortaleza de preceptos teóricos nos posibilita para que metros amables y flexibles nos lleven con tranquilidad de la mano y podamos merodear otras realidades. Arribar a un estadio en el que confluyan armónicamente aspectos hermenéuticos y caminen junto a impulsos epistémicos y fenomenológicos son un gran respiro.

IV.

Alfredo Castellanos: el litigio con el arraigo

Ahora sí, conociendo o reconociendo esquemas clásicos y normativamente estables, cada uno de los participantes encontró vía libre para conciliar sus impulsos íntimos dentro de atmósferas previstas en conjunto. No fue igual de fácil para todos. Hablando de los tres poetas incluidos en esta reflexión, es probable que quien haya enfrentado un litigio más airado con sus arraigos sea Alfredo Castellanos. Arquitecto de formación, vive en relación constante con principios estéticos en donde la geometría y la conciliación con la luz rigen su quehacer y, por fortuna, no son incompatibles con la literatura, al contrario, se trata de cómplices con los que se pueden tener muy buenos acuerdos. El problema venía de otro lado. En 2017 aparece bajo el sello de Taberna Libraria Editores *El libro de las anticipaciones*, su primera publicación formal en este campo y no se trata de un libro cualquiera sino de uno lleno de malicia, en el que nada de lo que se expresa es producto de la casualidad. Lo esotérico juega un papel fundamental y Alfredo sabe que tiene un conocimiento cabalístico profundo y eso le da una solvencia para expresar, en textos breves, un conjunto de conceptos que lo instalan en un estatus casi de profeta: «*El símbolo es importante/ Está*

sujeto a cierta materialidad/ Despierta nociones/ Y resume conocimientos fragmentarios/ El triángulo, el círculo y la cruz/ Son un lenguaje del caudal primitivo/ Que sólo al interior se conocen». Sus afanes son regidos por el símbolo y no le resulta fácil alejarse de él; sabe que en esa ruta puede transitar sin baches que alteren su paso y esa actitud, en la frontera con lo atávico, puede ser una señal de alarma. Él ha descubierto una forma de hacer poesía, seguro enfrentó dificultades, por lo que insiste en repetir esas estructuras que domina y no incluye sobresaltos. Por fortuna ha demostrado gran voluntad para arriesgarse en terrenos más erizados y dejar atrás la profecía que ya hace tiempo cumplió con sus aspiraciones y promesas. Permanecer ahí le hubiera significado que en lugar de nuevos textos presentara al criterio del taller esquelas de su vocación creativa.

Tan no lo hizo que en menos de que el gallo de la Pasión cantara por segunda vez, Alfredo nos sorprendió presentando un texto titulado «Oquedades» y, en términos pugilísticos, eso no fue un simple *jab*, sino un recto al mentón que nos dejó atónitos el resto de la sesión. Quedamos tan inestables que preferimos solicitar una revancha, el recto (de izquierda, eso sí) que nos asestó nos obligó a pedir tregua y comentarlo hasta la próxima sesión. Me incluyo entre los noqueados.

El nuevo Alfredo, o la ruta que explora, incluye algo de sus arraigos; es comprensible: quien aprende a usar la parábola como método creativo difícilmente podrá prescindir de ese recurso en lo posterior, él no lo hace, pero lo diversifica, lo enriquece al acompañarlo de rituales que van más allá de liturgias convencionales. Su palabra en ese poema en prosa adquiere sentidos que en otros escenarios serían creíbles. Sus afirmaciones dentro de este ámbito no son sentencias como en su anterior poesía, sino que se limitan a establecer, a manera de insinuación, correspondencias y semejanzas que elevan el uso de tropos y metáforas hasta convertir el verbo en una realidad tan palpable que sentimos cómo su roce descifra los misterios que habitan nuestra carne.

Es cierto que una lectura simple y periférica es riesgosa. En el mejor de los casos nos llenará de

un estupor del que no saldremos bien librados. La disyuntiva en ese trance dubitativo de los lectores no tiene otra alternativa que abandonar para siempre la poesía o asumirla como reto hasta que logre estremecernos. Esta segunda ruta es la recomendable, lo primero que descubriremos es que la *oquedad* no solo es un vacío, sino que es una ventana abierta por la que podemos adentrarnos, como Alicia, a realidades adyacentes además de la que nos asfixia. Con esta ruta creativa que Alfredo inaugura en el taller la poesía arriba a esa dimensión. Ya lo verán en el anexo.

V.

Polo: alquimia de su propia orfebrería

Malabarista de tiempo completo, Leopoldo Elías Smith Mac Donald deambula ante la vista de los fresnillenses como si fuera un jicotillo en pos de doña Blanca. Él mismo es un personaje auto diseñado porque tal vez siempre supo que era de otro modo a quienes lo miran caminar. Polo, como le decimos todos, o Polito, como le dice Elda, sabe que su obligación es ser de otro modo, de ahí que se involucre en actividades tan disímolas, con éxito en cada una. Lo mismo le da sentarse frente a una Mini Morsa y constreñir metales para obtener una sortija o una medallita. De la misma forma pulsa una guitarra acústica o un bajo eléctrico e interpreta con la misma enjundia alguna pieza de Mr. Máquina o un bolera para acompañarme en la presentación de un libro. Supongo que como jugando se adentró en el mundo de la plástica y pintar ocupa buena parte de su tiempo y motivación. Tenía poco tiempo de conocerlo y una tarde que pasaba por la calle Cadena en Fresnillo lo vi parado, muy elegante, en la puerta de un restaurante y me sorprendió que me invitara a pasar, sin mayores explicaciones, solo me dijo: «Han llegado casi todos» y no puse resistencia. Era cierto, estaban casi todos y en cosa de un minuto dieron la tercera llamada y «Pompas fúnebres» dio inicio. Su memoria es el único filtro para decantar tanta osadía.

Me sorprendió cuando se inscribió al taller y estoy contento de que se haya convertido en uno de los más asiduos. La estructura de sus textos duran-

te este tiempo ha conciliado múltiples constantes hasta arribar a una especie de interdependencia en la que todo es posible. Su glosema incorpora cada una de las magnitudes de lo que vivimos en el día a día, por lo que su gramática, en apariencia surgida del arrebato o el delirio, jamás resulta afectada por dogmas académicos. Sus cenemas, tanto centrales como marginales, derivan en color y filigrana, su fusión es música asequible para todos, el aparente caos obedece a un afán de enumeración que no tiene prejuicio para hermanarse en un mismo instante expresivo (poema). ¿Será que el uso de anáforas es para Polo una variante de escritura automática? En «Eco», por ejemplo, esa idea retumba cuando «*Suena el tic tac de mi tan tan/ con el pum pum del sentimiento*». Repetición de sonidos, como el martillo del orfebre sobre laminilla de plata. La onomatopeya, más allá de una búsqueda semánticamente sólida, apunala referentes auditivos que sin rubor permiten la alternancia de categorías gramaticales incompatibles en otros escenarios comunicativos, pero estamos ante un poema y sería ocioso buscar explicaciones racionales en una realidad del arte en donde salta a la vista la intención lúdica del autor. La lingüística, en este particular caso, deberá hacer de tripas corazón, apaciguar sus taquicardias normativas y aceptar que la poética tiene la palabra.

Polo es también un mago (lo he visto con bombín y con chistera), seguramente conoce a Sidney y hace de su afirmación una trinchera: «El poeta no afirma nada, y por lo tanto nunca miente»; pero este poeta duda y cuestiona: «*Te mandé mensaje por el celular/ Dos palomas negras aparecen/ Acaso mi sentir te desmerece/ Por el sentido de hablar...*».

VI.

Elda o la volatilidad del referente

Cuando la sensación de desamparo se instala en el lector de poesía, mala tarde. Ello se deriva de la comodidad en la que nos formamos como lectores. Tal vez también obedezca a que hemos privilegiado la narrativa frente a la lírica. En la primera, por lo menos en la de mayor circulación masiva, el protagonista es visible y sus actos previsibles. Nuestra tribulación comienza cuando en un poe-

ma se expone una acción un tanto nebulosa, muy seductora, pero de apariencia no muy clara porque la identidad de los actantes es poco cristalina. La urgencia de desvelar identidades de manera empírica empieza a carcomer conforme las confesiones dentro del poema son más atrevidas: «*Ya no me gusta tener una relación más contigo en mí que cuando estás a un costado. Ha dejado de ser bueno. Los encuentros en hoteles baratos no destellan más noches para cazar. Me siento un molde, a decir verdad, antes era como colorete escarlata en güila de noche, glamour y escándalo. Las mordidillas, puntos rojizos y violetas conformaban a hábitos y sed confusa que al centro y la entrepierna bramaban lilis, bastaba y conformaba única marca de tu benemérita presencia*».

Aunque tenemos conciencia intuitiva del *yo* lírico, un laberinto de incertidumbre nos atrapa en sus misterios y dudamos de ser el destinatario poético, lo tememos. No quisiéramos serlo, pero no tenemos inmunidad. La disociación es un velo que envuelve en bruma la lógica sintáctica que parecía gratuita y clara y la patria nocturna que era garantía en el frenesí de hoteles baratos orillan a alguien a la desertión y sentimos que más de una de esas esquirlas, sin destinatario claro, se adhiere con rencor a nuestra carne y la ruptura, por más retórica que sea, nos hiere y nos disgrega y entonces la declaración de «*mi pecho no quiere más grafitis y los pellizcos (que) me cuentan la historia noche a noche de nuestra abreviada vida juntos*» nos aniquila. ¿Con cuál de los dos se identifica la miseria que como lectores arrastramos? ¿Soy el que abandona o el sujeto prescindible? «Cuál de los dos amantes sufre más penas, el que se va o el que se queda», interrogan desde un llanto comprensible Los Alegres de Terán y ante la orfandad no queda otro recurso que la súplica, la mendicidad exigiendo la resurrección de la carne: «Alza los ojos y mírame a mí/ No me desprecies, no seas así».

En la poesía de Elda, el anuncio de ruptura asoma con relativa frecuencia, como si se escuchara el grito de un pregonero pronunciando nombres al azar esperando que algún fantasma o un demonio los identifique como suyo y se haga material en esa incertidumbre.

VII.

Brevísima muestra

Alfredo Castellanos, «Sobre las oquedades» (fragmento)

La oquedad primigenia es concreta. La ausencia en ese vacío es el umbral del todo. Y existe tanto que la vida se encuentra en estado latente. Permanece encerrada y concentrada. Es el Omphalos dador cósmico común.

En esa densidad se encapsula el movimiento que se inicia por el querer polarizado y potenciado: una fuerza quiere salir y otra permanecer. Así la vida gira y burla el azar. Y, en esa rotación, violenta lo estático y perfora la frontera de la epidermis como límite para lograrse. Su rotación es de izquierda a derecha para generar y de derecha a izquierda para ofertar. Esos vórtices nacen llenándose, se vacían y mueren.

Comienzan al encontrar el equilibrio circular y esférico. En esa alba surge el grillo. Son espiral que parte de su centro. Los huecos son bocas por donde ejercen su permanencia. Son redondos u ovoides, por tanto, perennes y universales. Son caracol, son laberinto y en su profundidad sombríos. Esa oscuridad comprime su gestación; sin embargo, se iluminan por la cercanía de la apreciación obscena.

Algunas cavidades laboran en par, son simétricas para tranquilizar a la mente. Otras son ciclópeas, aunque su función depende del oficio de otras: asimilan, modifican, simplifican: excretan e incretan. Unas visibles y otras ocultas. Las visibles alimentan al sistema; las ocultas, al deseo.

Aparecieron desde una *nada* provista de fuerza e inteligencia y, un *ave* desbordada en sensibilidad y gracia. Nacieron en la fragua que estigma, terrena y redentora hasta la consumación de los tiempos. Carne en tajada que dejó el primitivo y ecuatorial recinto.

Leopoldo Elías Smith Mac Donald, «Dos poemas»

Taller de literatura

Con dos maestros de literatura
Uno moreno y el otro bajito
Asisto el sábado por un ratito
Ambos trabajan para la cultura.

De poesía aprendo con el moreno
Además de compartir amistades
Conviviendo con distintas edades
Pasa en Aridia que es nuestro terreno

De narrativa el bajito nos habla
Es un apasionado de las letras
Me recuerda el aparecer del alba

Un soneto el primero solicita
Composición un tanto en desuso
Ejercicio que no se facilita

Whatsapp

Te mandé mensaje por el celular
Dos palomitas negras aparecen
Acaso mi sentir te desmerece
Por el uso de esta manera de hablar

Tú me pediste que modernizara
Las cartas te parecen obsoletas
Los códigos de antes no respetas
Hasta compré celular con cámara

Te mando un par de fotos indiscretas
Como lo acordamos la última vez
Al parecer solo malinterpretas

Cómo que este tiene más resolución
Tus fotos por demás son atractivas
Contesta el mensaje demos solución

Elda Adriana Elías Lara, «Alocución de una dama»

Me gustan los moretes que dejas en mis senos
blancos. Prolongan el placer del idílico momento
en mi mente retorcida cuando se colorea el ama-

rillo de días en piel mientras desdibuja corazones
brillosos. Duele, mantiene vivo el placer
de tus dientes afilados, labios humectados y por
algunos minutos la ilusión de un día amar man-
tar, te.

La última vez te pedí mordieras los pezones hasta
arrancar porque estaba al borde de mi llegada.
Escuálido, no pudiste porque te veías en recupera-
ción *post mortem*.

Ya no me gusta tener una relación más contigo
en mí que cuando estás a un costado. Ha dejado
de ser bueno. Los encuentros en hoteles baratos
no destellan más noches para cazar. Me siento un
molde, a decir verdad, antes era como colorete
escarlata en güila de noche, glamour y escándalo.
Las mordidillas, puntos rojizos y violetas confor-
maban a hábitos y sed confusa que al centro y la
entrepierna bramaban lilis, bastaba y conformaba
única marca de tu benemérita presencia.

Pero mi pecho no quiere más grafittis y los pelliz-
cos me cuentan la historia noche a noche de nues-
tra abreviada vida juntos. La pausa lengua arranca
entre uno y otro el mapa que trazas. Menudita
línea que reestructura y evita el hospedaje de
nuevos inquilinos. Fino ruido rompe huesos cora-
zones sin albor, sin caricia supone la pertenencia
por mera contemplanza a futuro que desdibuja y
se come las migajas.

Uno se pone a odiar como la fiera, de pronto no
hay comensales, el escote no importa.

Entonces...

A quién le escondo el romance flotante que el car-
nívoro deseo aloja debajo de mi piel después del
lubricante encuentro.

En efecto, no hay hospital para mariposas

ni jolgorio para el cuerpo

¿Creerán que marcas mi pecho izquierdo cerca al
corazón como señal de amor o puñalada excitada
con glorioso final?

Puedo suponerlo.

Colocaré un hielo para reducir el flujo de sangre
alrededor de la contusión. Quizá libere la marca y
congele un paladar indiscreto que confundo conti-
go. Así, a los días andaré *topless*, mi tez volverá a la
normalidad sin un rastro de ti.